



JULIA
QUINN

*Por culpa de
Miss Bridgerton*

ROKESBY

*Un romántico y divertido viaje
al origen de los Bridgerton*

A veces el amor se encuentra en el lugar más inesperado... Aunque esta no es una de esas veces.

Todo el mundo espera que Billie Bridgerton se case con uno de los hermanos Rokesby. Las dos familias han sido vecinas durante siglos y, durante la infancia, Billie se crio como una salvaje junto a Edward y Andrew. Cualquiera de ellos podría ser un marido perfecto para ella... algún día.

Y a veces te enamoras exactamente de la persona que crees que deberías... O no. Solo hay un Rokesby que Billie no soporta en absoluto, y ese es George. Puede que sea el hijo mayor y el heredero del Condado, pero también es arrogante, insufrible, y ella está absolutamente segura de que lo detesta. ¡No puede ni verlo!

Pero, en ocasiones, el destino tiene un malvado sentido del humor... Porque cuando Billie y George se encuentran y, literalmente, se ven obligados a estar juntos, algo nuevo sucede. La atracción surge y... si antes no podían ni verse, ahora tal vez no puedan vivir separados.

Índice de contenido

Cubierta

Por culpa de Miss Bridgerton

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Sobre la autora

*Para Susan Cotter,
quien me sorprende todos los días.*

*Y también para Paul.
Una llamada telefónica oportuna es lo que distingue a un
marido excelente.
Espero que esta vez toques el cielo.*

1

Tejado de la casa de una antigua granja abandonada. A mitad de camino entre Aubrey Hall y Crake House

Kent, Inglaterra, 1779

No era que a Billie Bridgerton le faltara sentido común. Por el contrario, ella estaba segura de ser una de las personas más sensatas de su entorno. Sin embargo, como cualquier persona reflexiva, a veces decidía ignorar la vocecilla de la razón que murmuraba en su cabeza. Estaba segura de que eso no podía considerarse un acto de imprudencia. Cuando ella ignoraba esa voz aleccionadora, lo hacía de manera consciente. Era una decisión tomada después de un análisis (bastante) cuidadoso de su situación. Y, en su favor, cuando Billie tomaba una decisión —alguna que la mayor parte de la humanidad habría considerado una estupidez mayúscula—, solía aterrizar sobre sus pies con mucha agilidad.

Salvo cuando eso no sucedía.

Como en ese momento.

—Debería estrangularte —dijo mirando con odio a su compañero felino.

Este lanzó un maullido despreocupado y Billie gruñó de manera muy poco femenina.

El gato escuchó el ruido, consideró que no valía la pena prestarle atención y comenzó a lamerse las patas.

Billie pensó en la dignidad y en el decoro, decidió que estaban sobrevalorados e hizo un gesto de pocos amigos.

Pero eso no la hizo sentirse mejor.

Con un quejido de cansancio miró el cielo intentando adivinar la hora. El sol se había escondido firmemente detrás de un grupo de nubes. Eso complicaba su tarea, pero debían de ser por lo menos las cuatro de la tarde. Según sus cálculos, llevaba una hora en ese sitio, y se había marchado del pueblo a las dos. Si sumaba a eso el tiempo que le había tomado caminar...

¡Maldita sea! ¿Qué diablos importaba la hora? Saberlo no iba a ayudarla a bajar de ese condenado tejado.

—Tú eres el único culpable —acusó al gato. Como era de esperar, el gato la ignoró—. No sé en qué estabas pensando cuando decidiste subirte a ese árbol —continuó—. Cualquiera tonto se habría dado cuenta de que luego no podría bajar.

Cualquier tonto habría dejado al gato donde estaba, pero no, Billie había oído el maullido, y, de inmediato, había trepado al árbol. Ya estaba a mitad de camino cuando se le ocurrió que a ella ni siquiera le *gustaban* los gatos.

—Y tú no me gustas —aseguró.

Estaba hablando con un gato. A eso había llegado. Cambió de posición e hizo un gesto de dolor cuando su media se enganchó en una teja. Lo que la obligó a torcer el pie hacia un lado y el tobillo, que ya estaba afectado, dio un alarido de protesta.

Más bien fue su boca la que profirió un alarido. No pudo evitarlo. Era *muy* doloroso. Aunque podría haber sido peor.

Ya había subido hasta una altura considerable, fácilmente dos metros y medio por encima del tejado de la casa de aquella antigua granja, cuando el gato lanzó un bufido, mostró sus considerables zarpas, y, tanto una como el otro, perdieron el equilibrio y cayeron.

No es necesario aclarar que el gato descendió con gracia acrobática y aterrizó sin dificultades, con las cuatro patas, sobre el tejado.

Billie aún no estaba segura de cómo había aterrizado *ella*, pero le dolía el codo, la cadera le ardía y tenía la chaqueta rota, probablemente por la rama que había interrumpido su caída a dos tercios del trayecto.

Pero los peor parados eran su tobillo y su pie. Cada vez que los movía veía las estrellas. Si hubiera estado en su casa, habría apoyado el pie sobre una almohada. Billie había visto muchos tobillos torcidos en su vida —algunos en su propio cuerpo, muchos más de otras personas— y sabía qué había que hacer. Una compresa fría, el pie en alto, algún hermano obligado a satisfacer todos sus deseos...

¿Dónde estaban sus ayudantes cuando más los necesitaba?

Entonces, en la distancia, vio un destello de movimiento. A menos que los animales del lugar hubiesen pasado a ser bípedos, era evidente que una persona se acercaba.

—¡Hoooola! —llamó, y luego se lo pensó mejor y gritó—: ¡Socorro!

Si su vista no la engañaba —y no era así, por supuesto que no; hasta su mejor amiga, Mary Rokesby, admitía que la vista de Billie Bridgerton era poco menos que perfecta— el ser humano en cuestión era un hombre. Y ningún hombre que ella conociera ignoraría un grito femenino de socorro.

—¡Socorro! —volvió a gritar, y sintió alivio cuando el hombre se detuvo. No era capaz de ver si se había girado en su dirección (su vista perfecta no llegaba a tanto), así que soltó otro chillido, tan fuerte como pudo, y casi se puso a llorar de felicidad cuando el caballero (rogó que fuera un caballero, si no de nacimiento, al menos sí de naturaleza) comenzó a avanzar en su dirección.

Pero entonces no sollozó. Porque ella jamás sollozaba. Ella jamás sería ese tipo de mujer.

Sin embargo, soltó un suspiro inesperado. Un resoplido fuerte, agudo e inesperado.

—¡Aquí arriba! —gritó, y se quitó la chaqueta para agitarla en el aire. No tenía sentido intentar parecer elegante. Después de todo, estaba atascada en el tejado, con el tobillo torcido y junto a un gato sarnoso—. ¡Señor! —vociferó—. ¡Socorro! ¡Por favor!

El paso del caballero disminuyó levemente ante el ruido, y levantó la mirada. Aunque todavía estaba demasiado lejos como para que la vista perfecta de Billie distinguiera el rostro, ella *lo supo*.

No, no, no. Cualquier persona menos él.

Pero por supuesto que era él. ¿Qué otra persona iba a pasar caminando en su peor momento, cuando más torpe y lamentable se sentía, en la única maldita ocasión en que necesitaba que la rescataran?

—Buenas tardes, George —lo saludó una vez que él se acercó lo suficiente como para hacerse oír.

Él apoyó las manos sobre sus caderas y entrecerró los ojos.

—Billie Bridgerton —dijo.

Ella esperó que él añadiera: «Debería haberlo supuesto».

Pero no lo hizo, y por algún motivo eso la irritó aún más. El mundo no estaba en equilibrio si ella no podía predecir cada palabra ampulosa y rimbombante que saliera de la boca de George Rokesby.

—¿Estás tomando el sol? —inquirió.

—Sí, he pensado que me vendrían bien algunas pecas más —replicó ella.

Él no respondió de inmediato. En cambio, se quitó el sombrero tricornio, dejando al descubierto su cabeza sin empolverar, de pelo grueso y castaño, y la observó con mirada firme e inquisidora. Por último, tras apoyar cuidadosamente el sombrero sobre lo que alguna vez había sido una pared de piedra, volvió a mirar hacia arriba y dijo:

—Admito que esto me divierte. Solo un poco.

Billie tenía numerosas respuestas en la punta de la lengua, pero recordó que George Rokesby era el único ser humano a la vista, y, si quería volver a apoyar los pies sobre la tierra antes de Navidad, debía ser amable con él.

O, al menos, hasta que él la rescatara.

—¿Cómo has llegado ahí arriba? —Quiso saber él.

—Por culpa de un gato. —El tono de su voz, por decirlo de una manera bondadosa, podría haberse descrito como «furioso».

—Ah.

—Estaba en el árbol —explicó, aunque solo Dios sabía por qué daba explicaciones. Tampoco él se las había pedido.

—Entiendo.

¿Entendía? Ella creía que no.

—El gato lloraba... —insistió—... y no he podido ignorarlo.

—No, por supuesto que no —respondió él, y, aunque su voz fue perfectamente cordial, ella estaba convencida de que se estaba riendo de ella.

—Algunas personas —abrió la boca lo suficiente— somos compasivas y consideradas.

Él inclinó la cabeza.

—¿Amables con los niños y los animales?

—Por supuesto.

Él enarcó la ceja derecha de ese modo tan enervante y característico de los Rokesby.

—Algunas personas —replicó— somos amables con los niños *mayores* y con los animales.

Ella se mordió la lengua. Primero de manera figurada, y luego literalmente. «Sé amable —se recordó a sí misma—. Aunque no lo soportes...»

Él esbozó una sonrisa insulsa. Bueno, salvo por una pequeña mueca perceptible en la comisura.

—¡Maldita sea! ¿Me vas a ayudar a bajar? —explotó ella finalmente.

—Qué manera de expresarse —dijo él en forma de riña.

—Lo he aprendido de tus hermanos.

—Ah, lo sé —repuso él—. Jamás he podido convencerlos de que en realidad eres una mujer.

Billie se cruzó de brazos, ya que no estaba segura de poder resistir el impulso de lanzarse del tejado para estrangularlo.

—Yo mismo he sido incapaz de convencerme de que en realidad eres un ser humano —agregó George, con tono algo displicente.

Los dedos de Billie se endurecieron como garras. Lo que resultaba bastante incómodo, pensándolo bien.

—George —dijo ella, y en su tono podían distinguirse miles de emociones diferentes: piedad, dolor, resignación, añoranza... Se conocían desde que eran niños, e, independientemente de sus diferencias, él era un Rokesby y ella una Bridgerton, y, a la hora de la verdad, también podían ser parientes.

Sus hogares —Crake House, de los Rokesby y Aubrey Hall, de los Bridgerton— quedaban a escasos cinco kilómetros de distancia en la bella región de Kent. Los Bridgerton vivían allí desde hacía más tiempo —habían llegado a principios de la década de 1500, cuando Enrique VIII había nombrado vizconde a James Bridgerton y le había cedido algunas tierras—, pero los Rokesby habían tenido un rango superior a partir de 1672.

Un barón Rokesby especialmente emprendedor (según contaba la leyenda) le había prestado un servicio esencial a Carlos II, quien lo había designado primer conde de Mansnton como agradecimiento. Los detalles en torno a ese ascenso de categoría se habían perdido a lo largo del tiempo, pero, en general, se aceptaba que había tenido que ver con una diligencia, un rollo de seda turca y dos amantes del rey.

Billie no tenía ninguna duda. ¿Acaso el encanto no era hereditario? George Rokesby podía ser precisamente la cla-

se de persona aburrida que uno esperaría que fuera el heredero de un condado, pero su hermano menor, Andrew, era dueño de una endemoniada *joie de vivre* que se habría ganado el cariño de un mujeriego empedernido como Carlos II. El resto de los hermanos Rokesby no eran tan pícaros (aunque Billie suponía que Nicholas, de tan solo catorce años, todavía estaba en proceso), pero todos superaban a George en encanto y amabilidad.

George. Nunca se habían llevado bien. Sin embargo, suponía Billie, no podía quejarse. George era el único Rokesby disponible por el momento. Edward estaba en las colonias, blandiendo una espada, una pistola o solo Dios sabía qué, y Nicholas estaba en Eton, probablemente también blandiendo una espada o una pistola (aunque, como era de esperar, con mucho menos efecto). Andrew permanecería en Kent durante varias semanas, pues se había roto el brazo en alguna hazaña en la armada. No le habría sido muy útil para ayudarla a bajarse del tejado.

No, tendría que ser George. Así que debía ser amable con él.

Billie esbozó una sonrisa. O, más bien, estiró los labios. Él suspiró. Solo levemente.

—Veré si hay alguna escalera por aquí.

—Gracias —respondió ella con remilgo, pero no creyó que él la hubiese oído. George siempre había caminado con pasos largos, y ya estaba a la vuelta de la esquina cuando Billie quiso mostrar su buena educación.

Uno o dos minutos después, volvió a aparecer con una escalera, que tenía aspecto de haber sido utilizada por última vez durante la Revolución Gloriosa.

—¿Qué se supone que te ha pasado? —preguntó, mientras apoyaba la escalera en su sitio—. No es propio de ti quedarte atrapada.

Fue lo más parecido a un halago que había oído salir de sus labios.

—El gato no se ha mostrado tan agradecido por mi ayuda como yo esperaba —respondió, marcando cada consonante como un punzón dirigido al monstruoso felino.

La escalera se acomodó con un ruido sordo, y Billie oyó que George subía.

—¿Aguantará la escalera? —preguntó. La madera parecía algo astillada, y emitía crujidos inquietantes en cada peldaño.

Los crujidos se interrumpieron por un instante.

—No importa si aguanta o no, ¿no crees?

Billie tragó saliva. Quizá otra persona no hubiese podido interpretar sus palabras, pero ella conocía a ese hombre desde que tenía uso de razón y, si había algo cierto acerca de George Rokesby, era su calidad de caballero. Él jamás abandonaría a una dama en apuros, por muy frágil que pareciera una escalera.

Ella necesitaba ayuda, así que no tenía otra opción. Debía ayudarla, sin importar lo insoportable que ella le resultara.

A él le parecía realmente molesta. Ah, sí, y ella lo sabía. Él nunca se había esforzado por ocultarlo. Aunque, para ser justos, ella tampoco.

La cabeza de George se asomó por el tejado y sus ojos azules, típicos de un Rokesby, se entrecerraron. Todos los Rokesby tenían los ojos azules. Hasta el último de ellos.

—Llevas pantalones —observó George con un fuerte suspiro—. No me sorprende que uses pantalones.

—No podría haber trepado a un árbol con un vestido.

—No —respondió él con voz seca—, eres demasiado sensata para eso.

Billie decidió pasar por alto el comentario.

—Me ha arañado —explicó, moviendo la cabeza hacia el gato.

—¿Sí?

—Nos hemos caído.

George levantó la mirada.

—Es una distancia considerable.

Billie siguió su mirada. La rama más cercana estaba un metro y medio más arriba, y ella no había estado en la rama más cercana.

—Me he hecho daño en el tobillo —admitió.

—Eso parece.

Ella lo observó con mirada interrogante.

—De lo contrario habrías saltado hasta el suelo.

Billie hizo una mueca al observar la tierra pisoteada que rodeaba las ruinas de la casa de la antigua granja. En otra época, el edificio debió de haber pertenecido a un agricultor próspero, ya que tenía dos pisos de altura.

—No —replicó, midiendo la distancia—. Está demasiado alto.

—¿Incluso para ti?

—No soy idiota, George.

Él no estuvo de acuerdo con la rapidez adecuada. Debió haber dicho «no, por supuesto».

—Muy bien —fue lo que dijo en cambio—. Vamos a bajarte.

Billie respiró profundamente y luego soltó el aire.

—Gracias —dijo.

Él la miró con una expresión rara. ¿Incredulidad, quizá, porque había dicho «*gracias*»?

—Pronto oscurecerá —repuso ella, mirando el cielo con la nariz arrugada—. Habría sido horrible tener que estar...

—Se aclaró la garganta—. Gracias.

Él respondió con un movimiento mínimo de la cabeza.

—¿Puedes llegar hasta la escalera?

—Creo que sí. —Iba a dolerle terriblemente, pero podía hacerlo—. Sí.

—Podría llevarte.

—¿En la escalera?

—Sobre mi espalda.

—No voy a subirme a tu espalda.

—No es ahí donde me gustaría que estuvieras —murmuró.

Ella lo miró con odio.

—Bien —continuó él, subiendo otros dos peldaños. El tejado estaba ahora a la altura de su cadera—. ¿Puedes ponerte de pie?

Ella lo miró en silencio.

—Quiero ver cuánto peso puede soportar tu tobillo —explicó.

—Ah —murmuró ella—. Por supuesto.

Probablemente no debería haberlo intentado. La inclinación del tejado era tal que iba a necesitar ambos pies para mantener el equilibrio, y su pie derecho estaba casi inutilizado a esas alturas. Sin embargo, lo intentó, porque odiaba mostrar debilidad frente a él, o quizá porque no estaba en su naturaleza el no intentarlo —en *cualquier* situación—, o quizá no lo pensó bien desde el principio. El caso es que se puso de pie, perdió el equilibrio y volvió a sentarse.

No sin antes dar un grito de dolor.

George tardó solo un segundo en saltar de la escalera al tejado.

—Tontita —murmuró, pero había afecto en su voz, o, al menos, tanto como era capaz de demostrar—. ¿Puedo echarle un vistazo?

A regañadientes, ella arrimó el pie hacia él. Ya se había quitado el zapato.

Él lo tocó y lo evaluó con ojo clínico, tomando el talón con una mano, mientras probaba la capacidad de movimiento con la otra.

—¿Te duele aquí? —preguntó, y apretó un poco la parte externa del tobillo.

Billie silbó de dolor sin poder contenerse, y asintió.

Él tocó en otro sitio.

—¿Aquí?

Ella volvió a asentir.

—Pero no tanto.